

El cuervo

5

Me despierto al oír un fuerte aleteo. Es una noche de invierno, aunque no sé qué hora es. Miro hacia la ventana, de donde proviene el ruido, y veo un cuervo. Me mira fijamente con sus grandes ojos negros, y grazna, esperándome. No sé el motivo por el que le hago caso, si es posible hacer caso a alguien sin que te haya dado instrucciones, sin embargo salgo de la cama y me visto apresuradamente. Me pongo una capa y una bufanda, cojo una bolsa con mis cosas y salgo a la calle.

Las calles están vacías y silenciosas, pero la ciudad está despierta, mucho más que cualquier otra noche. Miro en todas direcciones en busca del cuervo, y al escuchar su graznido, lo veo posado en el alféizar de la ventana y echa a volar. Lo sigo corriendo por las calles, hasta que llego a la plaza del mercado. El cuervo me llama y no puedo hacer otra cosa que seguirle por las avenidas de la ciudad, hasta que llego a la entrada de palacio, donde le pierdo de vista. Las puertas están abiertas, y no es de extrañar, ya que esta es la última de las tres noches al año en que se celebra un cumpleaños real, en este caso un baile de máscaras. Gran parte de la ciudad se encuentra allí, así que simplemente compro una máscara con el poco dinero que me llevé en uno de los puestos que se encuentran en la puerta y entro al castillo.

Nunca he estado en palacio, y nunca me lo imaginé tan vibrante, tan lleno de color. La música suena en los pasillos, en las habitaciones, y me entretengo mirando las actuaciones y los bailes, comiendo, admirando los trajes de los invitados y las decoraciones. Casi se me olvida por qué estoy aquí, hasta que lo veo en la sala de baile. Una pareja con máscaras de cuervo. Me miran durante unos instantes, y luego salen por una puerta lateral. Los sigo entre la multitud y salgo a un jardín, lejos de la gente, las luces y la fiesta.

La pareja ha desaparecido, y el cuervo sigue sin dejarse ver, así que observo el jardín. Está muy bien cuidado, lleno de flores y enredaderas, aunque la noche le da un aspecto frío y congelado en el tiempo. Alzo la cabeza, miro las estrellas y la luna creciente, hasta que vuelvo a oír el graznido que me hizo comenzar esta carrera sin sentido. El ave ya está en marcha, trepo por una de las enredaderas que cuelgan por la pared y salgo del jardín como puedo, mientras intento alcanzar al cuervo. Se dirige hacia el bosque, e intentando evitar las raíces y piedras que entorpecen el camino, corro tras él.

Le persigo sin parar, entre árboles, matorrales y animales que no parecen molestarse por nosotros. Mientras avanzamos, el cuervo se va posando en las ramas de los

árboles, esperándome para poder alcanzarle, ya que empiezo a sentir el cansancio de la carrera y de las pocas horas que he dormido.

Salimos a campo abierto, y a menor velocidad, atravesamos los campos que rodean la ciudad. Entramos a uno de los barrios del sur, y al llegar a una plaza, el cuervo para, y puedo acercarme a beber a una fuente y descansar un poco. Al cabo de unos minutos el cuervo grazna de nuevo y alza el vuelo, como tengo calor me quito la bufanda y la guardo a toda prisa. Lo sigo por la calle, con más energía gracias al descanso y la brisa marina que recorre las zonas cercanas al puerto. Me acerco al muelle, y el cuervo me guía entre los barcos mercantes que viajan por medio mundo para traer alimentos, telas, y especias. Llego a una bahía, el cuervo me dirige una última mirada alentadora. Después, extiende las alas y vuelve al puerto. ¿Para qué me trajo hasta aquí entonces?

Estoy mirando el mar, sin saber muy bien qué hacer, algo me roza la pierna. Una foca. La miro, preguntándome qué hace aquí sola, se adentra en el mar, girando la cabeza, como si quisiera que la siguiese. No tengo tiempo de pensar en nada, me quito la capa, las botas y dejo la bolsa en la arena. Perdí la máscara poco después de salir del jardín, pero qué más da. Empiezo a meterme en el agua; está helada, aunque no me importa. Avanzo varios metros más en el agua, hasta que dejo de hacer pie, entonces cojo aire y me zambullo en el mar.

Buceo, cada vez más hondo. La foca también ha desaparecido, al igual que el cuervo y la pareja de la fiesta, pero algo me indica el camino. No es hasta después de nadar varios minutos que me pregunto cómo es que aún no he muerto, pero enseguida se desvanecen esos pensamientos. Lo único que me parece real en este momento es la sensación que me lleva a las profundidades de la bahía.

No sé cuánto tiempo ha pasado al llegar al fondo. No puedo ver con mucha claridad, pero distingo los restos de un barco hundido, y esa sensación me dice que allí encontraré lo que busco. Entro en uno de los camarotes del naufragio. Una cama de matrimonio, un escritorio, un armario, una cómoda, un par de sillones y una cuna. Me acerco a la cuna, pero antes de alcanzarla veo una sombra, y desde la otra punta del camarote aparece una mujer con cola y rasgos de pez. Una sirena. La miro a los ojos, me dirige una sonrisa plácida, a la vez que me ofrece su mano. Lleva una perla rosa colgada del cuello, y al mirarla otra vez a los ojos, sé que es ella. Ella tiene las respuestas a todas mis preguntas, mis recuerdos, mi destino. Devolviéndole la sonrisa, acepto su mano. Lo último que escucho antes de que el mundo se vuelva negro es el graznido de un cuervo.